

Funeral de Norberto C. Aram 270107

Juan 11.1-44 La muerte es una realidad, voluntariamente ignorada.

Ella forma parte de la existencia humana queramos o no. Pero huimos, nos escondemos, la evitamos y ni tan siquiera nos atrevemos a hablar de ella, como si al hacerlo, estuviésemos invocándola; como si el hablar de la muerte pudiera atraerla. La acelerase.

A la muerte se le teme por dos razones fundamentales:

La primera es porque se le considera una ladrona que nos roba la existencia, la vida, el contacto con nuestros seres queridos. Una ladrona que nos roba la libertad de hacer lo que queremos. Por eso la ignoramos. Por temor a perder lo que amamos.

No obstante, por mucho que la ignoremos, siempre, de alguna u otra forma, ella se hace presente. El hecho de que hoy estemos aquí es una prueba contundente de que la muerte existe. Es una realidad, ignorada, tal vez, pero realidad al fin.

Jesús dijo: *Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto?* Juan 11.25-26

Cuando Jesús dijo estas palabras quienes las oyeron, veían a un ser humano como nosotros, peregrinando por este mundo. El Hijo de Dios, sí. Dios mismo, de acuerdo. El apóstol Pablo decía que en él habitaba la plenitud de la Deidad, sí. Pero todos podemos decir lo que queramos.

Pero cuando Jesús, ese Dios hecho ser humano, se plantó ante la tumba de Lázaro y clamó a gran voz: *Lázaro ven fuera...*

A su alrededor, el mundo se paralizó. El corazón de todos se sobrecogió. Todos estaban expectantes para ver qué pasaría.

¿Sería Jesús quien dijo ser? ¿Tendría poder para hacer lo que pretendía? ¿Vencería la muerte?

Cuatro días hacía que su amigo había muerto. Los ojos de todos estaban fijos en la puerta de aquel sepulcro excavado en la montaña. Es probable que alguno comenzara a pensar: ¡Está loco! ¡Cómo se atreve a aumentar el dolor de

estas pobres muchachas que han perdido a su hermano!

De pronto, todos guardaron silencio. El Evangelio dice:

Y el que había muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: Desatadle, y dejadle ir.

La segunda razón por la que se le teme a la muerte es por falta de fe. Yo les ruego en esta hora: no retengan a nuestro amigo y hermano Beto atado a la muerte. Desatadle y dejadle ir.

Aquí tenemos su cuerpo, pero él es mucho más, tú eres mucho más que un cuerpo. Su espíritu y su alma ya están con el Señor. El ya está disfrutando de su nueva vida con Cristo en los cielos.

Esta es la esperanza que a él le dio fuerzas para enfrentar a la muerte. Norberto no temió, creyó en Jesús, el Hijo de Dios quien nos amó y se entregó así mismo para el perdón de nuestros pecados.

No mucho tiempo después, Jesús mató a la muerte al triunfar sobre ella resucitando de entre

los muertos, al tercer día en consonancia con lo que había prometido. Cumpliendo así sus palabras.

Aún hoy día, muchos dicen: Todo tiene remedio, menos la muerte.

Yo os digo: para el que cree en Cristo, aún la muerte tiene remedio.

Estoy convencido de que Norberto quería que todos, ustedes, supieran que él no ha dejado de ser. El sigue vivo, no sólo en nuestros recuerdos, ahora en otro lugar. De manera que no hemos perdido un amigo, simplemente se nos ha ausentado.

Si queremos encontrarnos de nuevo con él, todo cuanto debemos hacer es creer lo que él creía, en Jesús y en sus palabras y confiar en Jesús. De este modo, cuando Jesús nos llame a su presencia, al dulce hogar, al cielo de esplendor, allí encontraremos a Beto disfrutando de su nueva vida en Cristo.

Por esta razón, aunque sintamos la tristeza de su temporal ausencia, estemos contentos al saber que, hoy, él sigue vivo.

El profeta Amós (4.12) dice: Prepárate para venir al encuentro de tu Dios.

Jesús después de decir: Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí aunque esté muerto vivirá, preguntó: ¿Crees esto?

Aprovechemos la oportunidad para reflexionar sobre el hecho de si nosotros mismos estamos preparados para el momento de nuestro encuentro con el Señor. Como lo estaba Norberto.

Llegados a éste punto os invito a cantar un salmo en alabanza a Aquél a quien Norberto amaba porque le había salvado.

Cantemos el Salmo 23.

Todos cuantos conocimos a Norberto, sabemos que era un hombre singular. En la memoria quedarán para siempre los recuerdos de los momentos que pasamos juntos con él.

No hay hombre que tenga potestad sobre el espíritu para retener el espíritu, ni potestad sobre el día de la muerte; y no valen armas en tal guerra, ni la impiedad libraré al que la posee. Eclesiastés 8.8

Por cuanto a Dios le plació en su suprema voluntad, el llamar a su presencia, al cielo, a nuestro hermano Norberto C. Ara; nosotros, aunque con dolor y tristeza por la temporal ausencia, aceptamos su voluntad. Por lo tanto, ahora encomendamos su cuerpo a la tierra, el polvo al polvo y la ceniza a la ceniza; hasta aquel día cuando todos los muertos en Cristo Jesús habrán de resucitar, de los cuales uno será nuestro hermano Beto.

La Gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén. (2ª Corintios 13.13)

Pr. Nicolás García